



República Oriental del Uruguay

CAMARA DE REPRESENTANTES

Discurso pronunciado por el
señor Representante

ADOLFO TEJERA

en la sesión de abril 14 de 1955
en ocasión de solemnizarse el
"DIA DE LAS AMERICAS",
sobre la personalidad de

ABRAHAM LINCOLN



MONTEVIDEO

1 9 5 5





República Oriental del Uruguay

CAMARA DE REPRESENTANTES

22930

Discurso pronunciado por el
señor Representante

ADOLFO TEJERA

en la sesión de abril 14 de 1955
en ocasión de solemnizarse el
"DIA DE LAS AMERICAS",
sobre la personalidad de

ABRAHAM LINCOLN



MONTEVIDEO

1 9 5 5

U865.44

T266d

e.3

Camareta

COMMISSION OF REPRESENTATIVES

1933

ADOLFO TEJERA

ABRAHAM LINCOLN

A/Rec No. 162/955.



Cámara de Representantes

RESOLUCION ADOPTADA POR LA CAMARA DE
REPRESENTANTES EN SESION DE FECHA
12 DE ABRIL DE 1944

"Artículo 1º — Acéptase la moción de la Cámara de Representantes de la República de Cuba, para que todos los días 14 de abril, a partir de 1944, se celebre una sesión solemne para festejar el Día de las Américas, y en ella haga uso de la palabra un miembro del Cuerpo, designado por el señor Presidente, que pronuncie un discurso apologético sobre alguna gran figura americana, ya fallecida, pero que hubiera nacido en otro lugar del Continente.

Art. 2º — Comuníquese, etc."

Camera de Reprezentantii

... ..

... ..

... ..

SEÑOR TEJERA. — Señor Presidente; señores Legisladores: la Cámara cumple hoy un acto casi reglamentario establecido como norma hace algunos años y que sin olvidos ha venido practicando. Exaltar el recuerdo ejemplar de los forjadores de la grandeza americana tiene un sentido didáctico, y hacerlo en este día, equivale a identificar el esfuerzo fecundo de los próceres con el constructivo ideal democrático que une y define el destino de los tres sectores del continente.

Acto protocolar, por su forma, pienso que, por encima de la frialdad académica que suele presidir el desarrollo de otras evocaciones semejantes, hoy debe flotar en el recinto parlamentario el flúido de una emoción capaz de estremecernos provocada, no por mis pobres recursos dialécticos, sino por la majestad imponderable de aquel excelso espíritu cuyo recuerdo nos congrega en este instante. Es difícil hablar de Lincoln sin sentir tocada el alma por una onda emotiva. El rasgo profundamente humano que delineó el contorno de su gesta sigue impresionando el corazón de las gentes a 90 años de su sacrificio. Sus ideales contienen las raíces fecundas capaces de alimentar con su savia generosa el espíritu de los pueblos; y el ejemplo de su vida, humilde en su origen y brillante como un fanal señero en los últimos años, constituye una enseñanza eterna para todas las generaciones y un factor de emulación estimulante propio para impulsar el avance sin pausas de las sociedades humanas.

Lincoln estaba marcado por el destino. A lo largo de su vida mostró las aristas de un carácter sin fisuras. Laboró desde niño para ganar su sustento. Fue marinero, leñador, y construyó su propia cabaña. El desempeño de tan duras faenas hizo nacer en su espíritu el respeto a todas las formas de la labor manual. Creyó en el trabajo y lo dignificó, y sobre su base levantó la conciencia de su pueblo. Es útil recordar esto en el Parlamento de una sociedad cuya principal retranca es una especie de aristocratismo intelectual sin grandeza. El nombre de Lincoln fué símbolo de honradez

y de desinterés. Abogado, sólo defendía causas que fueran justas a la luz de su conciencia y nunca usó malos métodos para alcanzar buenos fines. Toda su acción estuvo enmarcada en el precepto moral que un día mencionó en Springfield: "Nadie me inducirá jamás a votar una cosa que considero falsa para conseguir con este voto algo que considero justo". Mirándola a través del tiempo, advertimos que la epopeya histórica de su hazaña tiene los más sólidos sillares en la moral acerada de su costumbre de vivir. ¡Singular espectáculo el que ofrece este hombre magro, anguloso, huesudo, como modelado a hachazos, sin experiencia de la administración y con escasa ejecutoria política, que un día es elevado a la más alta magistratura republicana en horas de zozobra general y encuentra que su deber es salvar del naufragio la nave cuyo timón se le confía y que se hunde bajo el peso de contradicciones orgánicas! La figura de Lincoln tuvo caracteres de vastedad universal por lo que fue el hombre en su principio y por la forma en que alcanzó el cenit. Su cifra es la cifra reveladora de la inspiración democrática pero, lo que define su personalidad con signos inextinguibles es la labor cumplida para emancipar a los negros del yugo de la esclavitud, y salvar, al mismo tiempo, la unidad de la nación cuya bandera juró defender.

La fuerza de su lógica inquebrantable fue un arma liberadora en la lucha para dar a los negros la jerarquía de su condición humana. "Si la inferioridad de los negros radica en el color" —dijo— "cualquiera más blanco puede hacerme su esclavo; si radica en la inteligencia, cualquier ser más inteligente puede hacerme su esclavo; si radica en el interés, puede esclavizarme cualquiera cuyo mayor interés se lo aconseje". Aquellos argumentos desarrollados en discursos chispeantes de ingenio y mordacidad contribuyeron tanto como los cañones a la liberación de la raza negra. Durante más de treinta años se había discutido allí con apasionada constancia el problema de la esclavitud. Después de la instalación constitucional, todas las grandes controversias que agitaron al país sufrieron la influencia candente de la tremenda cuestión, y desde que Garrison dió tono áspero a la lucha desde las columnas de "El Libertador" hasta el día

que el general Lee declinó las armas ante Grant, el pueblo de la Unión Americana vivió en medio de la pugna sin tregua entre esclavistas y abolicionistas. La nación anexó territorios por la violencia, dió jerarquía de estados a otras regiones, dictó leyes y presenció el sensacional juicio sobre Dred Scott, todo ello desarrollado bajo el signo fatídico del mal que carcomía sus entrañas.

Diferencias sustanciales en las formas de producción y de vida habían contribuído a crear concepciones sociales radicalmente distintas en el norte y en el sur. Los directores de la región esclavista acusaban a los hombres del norte de usar el maquinismo, la manufactura y la inmigración como instrumento de dominación económica y política, y de oponerse a la esclavitud con fines electorales.

A través de tal planteamiento, que tuvo su portavoz en Jefferson Davis, eludían el delicado aspecto moral de la tenencia de esclavos, que como decía Seward, facultaba a trescientos mil terratenientes plantadores de algodón y tabaco a poseer en propiedad a tres millones de personas que vivían sin ningún derecho civil ni político, considerados como cosas y no como seres humanos por el enorme delito de haber nacido con la piel oscura.

Los historiadores modernos han reconocido la existencia de vastos factores materiales en la larga lucha registrada en la Unión por y contra la esclavitud, pero no puede negarse que, por encima de las transformaciones vertiginosas promovidas en el norte por la inmigración, los recursos técnicos y el afán de avance que provocaban las iras del sur acorralado en sus tradicionales formas de explotación, el conflicto era fruto de una filosofía moral diametralmente opuesta en ambas regiones.

Al iniciarse la lucha frontal por la liberación de los negros, Lincoln salía de la adolescencia. La inquietud curiosa de su espíritu sintió angustia al comprobar la marca de las diferencias raciales en la vida social. Conduciendo su barca sobre las rápidas aguas del Mississippi o aserrando maderas en los bosques de Illinois, en su conciencia fué forjándose el propósito de dedicar sus mejores esfuerzos a la causa abolicionista. El carácter dramático que adquiriría la acción de los

polemistas encendía con el fuego de una vasta llamarada toda la escena nacional. Los hombres del pueblo, los periodistas, los políticos y hasta los jueces intervenían en la ardorosa disputa. La vida del país era un volcán en actividad constante, y en medio de las salpicaduras ardientes, la personalidad en formación de Lincoln adquiría la dureza necesaria para vencer en la gran batalla que le reservaba el destino.

Sucesos de la más variada importancia jalonaron la marcha de la nación hacia la crisis. La apasionada controversia agitaba todos los espíritus y John Quincy Adams fué intérprete en el Congreso de la superior inquietud abolicionista. Los centros cívicos constituídos para luchar contra la esclavitud abrumaron con montañas de petitorios a la Cámara de Representantes, constituida con enorme mayoría esclavista. La corporación desoyó todas las solicitudes, y entonces conmovió al pueblo una nueva y violenta polémica sobre el derecho de petición que la Constitución establecía y los esclavistas negaban.

Casi cuarenta años tenía Lincoln cuando el sufragio de su pueblo lo llevó al Congreso. Era un instante candente en que no había neutrales. Todos los ciudadanos eran militantes. Los jueces de la Corte Suprema expresaron entonces su simpatía por la esclavocracia interpretando capciosamente la Constitución y afirmando que los negros no podían ser ciudadanos de los Estados Unidos, ni el Congreso podía legislar para prohibir la esclavitud. Así se pronunció al fallar sobre el caso de Dred Scott, acentuando la trágica división del país.

Afloraban las injurias y los ataques sobre el ancho cauce de la pasión colectiva. Lincoln encabezó el movimiento popular abolicionista y con la lógica de bronce de sus argumentos mostró a toda la nación el salto atrás histórico que daría aceptando la doctrina del fallo de la Corte. "Sólo el prejuicio de los hombres y su fuerza arbitraria imponen cadenas a la voluntad de seres inocentes. Sistema bárbaro, contrario a la moral más elemental, carece de doctrina y sólo se basa en el color de la piel, del que nadie es responsable".

A medida que se agudizaba la lucha dialéctica entre los conductores de las respectivas posiciones, la opinión jerarquizada de la nación definía cada vez más el problema como una cuestión moral. El aristocratismo intransigente de los esclavistas acentuaba los tintes sombríos de su conducta y su pasión retardaría indignaba por lo absurda. Alejandro Stephens afirmaría después como verdad revelada que "el negro no es igual al hombre blanco y que la esclavitud —s subordinación a la raza superior— es su condición natural", y Jefferson Davis diría que "la esclavitud de la raza africana era una bendición moral, social y política". Hablaban así porque detrás suyo se movía una población insensibilizada por el usufructo de bienes materiales e ignorante de las realidades sociales y del progreso de las ideas que sucedía más allá de sus títulos de nacimiento y de riqueza. Henry Watter-son narraba el caso de una bella dama que, iniciada ya la contienda, "marchó del norte hacia sus posesiones del sur agitando sonriente su pañuelo y anunciando su pronto retorno el día que las personas de baja condición social que querían la abolición comprendieran que la esclavitud era una institución divina".

En medio de las llamas de la disputa, Lincoln fué Diputado un corto período y, según propia expresión, tuvo tiempo de votar cuarenta veces en favor de la llamada Provisión Wilmot, tendiente a liberar de esclavitud y hasta de servidumbre involuntaria a todos los nuevos territorios que la nación adquiriera. El aprendizaje en la Cámara maduró su mentalidad para tareas de mayor aliento, y cuando tiempo después, queriendo llegar al Senado disputó a Stephens Douglas el favor del pueblo de Illinois, los debates públicos a que la campaña electoral condujo colocaron la piedra angular de su elección presidencial a los dos años siguientes.

Lincoln surgió entonces como un polemista temible capaz de estrangular entre los anillos de una lógica indestructible los capciosos argumentos adversarios. Durante aquella lucha mostró muchas veces la naturaleza directa y convincente de su razonamiento. Un día le preguntaron por qué siendo los negros iguales a los blancos, no había elegido una

negra para esposa. "No veo —respondió— cómo por no hacerla mi esposa, tengo que hacerla mi esclava".

Usaba recursos dialécticos casi desconocidos hasta entonces, y que popularizó hasta darles el carácter de una escuela oratoria. Se chanceaba, narraba anécdotas, ridiculizaba las teorías enemigas. Era demoledor en la crítica, pero cuando entraba a hablar de los grandes problemas del país, asumía cierta gravedad solemne. En una de estas fundamentales intervenciones definió a su favor el signo del destino. Invitado por el Instituto Cooper, de Nueva York, "por primera vez enfrentó un público distinguido e influyente. Los hombres representativos del mundo de los negocios se agrupaban ante él. Lincoln se levantó en aquella ocasión para pronunciar uno de sus mejores discursos. Fué simple, directo, convincente. No narró anécdotas ni hizo burlas. Nadie antes que él había causado tal impresión en Nueva York. En este discurso, Lincoln justificó la opinión de Horace Greeley de que se había preparado para ser el más ardiente convencedor de la época".

Durante la jornada electoral de 1858 discutió desde Illinois para toda la nación los fundamentales problemas que conmovían al pueblo americano. Douglas había ideado una fórmula según la cual cada Estado establecería sus propias normas respeto de la esclavitud y el Congreso Federal no intervendría. El adversario de Lincoln, que ambicionaba la Presidencia y pertenecía al partido que tenía sus principales cuadros en el sur, intentaba, así, sustraer de la escena nacional el candente problema. Lincoln demostró con sublime elocuencia que la cuestión tenía una esencia moral universal y que no podía ser tratada con limitado criterio localista. ¡Extraño destino el de estos dos hombres! Douglas, cegado por su afán de alcanzar la Presidencia, lanzó la fórmula que la dialéctica de Lincoln destruyó. Este hecho dividió a su partido, y tal consecuencia produjo la elección presidencial de Lincoln; es decir, que el instrumento colocado por Douglas como cimiento de su propósito, sirvió realmente para erigir el edificio de la victoria de su adversario.

La acción desarrollada por Lincoln en el transcurso de

la pugna democrática sirvió para exponer las más íntimas fibras de su carácter. En medio de la apasionada controversia su palabra sonaba con la serena gravedad de las grandes campanas anunciadoras. Defendió la razón de sus ideas, pero no se evadió nunca de la pauta de mesura, equilibrio y sobriedad que impuso como directiva substancial de su campaña. Evitó excitar a los adversarios a quienes irritaba su sola acción de presencia en la escena de la lucha. La seguridad de su elección acentuaba su sentido de responsabilidad, y conociendo el propósito separatista de los dirigentes del Sur, trató de acortar distancias levantando la bandera patriótica de la unidad nacional.

Fué electo el 9 de noviembre y el 4 de marzo juró defender la Constitución del País. En esos cuatro meses la idea de secesión había cubierto ya buena parte de su camino. El gobierno que abandonaba el timón estaba integrado por amigos notorios de las teorías divisionistas del Sur y el propio Presidente Buchanan mantuvo una culpable pasividad mientras bajo sus ojos se desarrollaban tristes acontecimientos que herían las entrañas mismas de la nación. La incapacidad que demostró para escalar las alturas del problema que agraviaba las instituciones esenciales de su patria, provocaron la ironía caústica de Seward. Al considerarse el Mensaje del Presidente saliente, el senador por Nueva York expresó, según recuerda Butler, que la pieza probaba dos cosas: primero, que ningún Estado tenía derecho de separarse de la Unión a menos que lo deseara; segundo, que el deber del Presidente es hacer cumplir las leyes mientras no haya quien se oponga.

Lincoln encontró al País ya dividido jurídicamente. Esta es la verdad histórica. Fué elegido Presidente en noviembre, y en diciembre, tres meses antes de que asumiera el poder, Carolina del Sur resolvió separarse de la Unión. Dos meses después, en febrero, representantes de los Estados esclavistas se reunieron en Montgomery para aprobar "una constitución para el gobierno provisional de los soberanos e independientes Estados de Georgia, Carolina del Sur, Alabama, Mississippi, Florida y Louisiana", y el 2 de marzo adhirió a la organización jurídica de los rebeldes el Estado de Texas.

Su sentido superior del deber le dictó un magnífico discurso, en el instante de tomar el mando. Las dramáticas circunstancias que imprimían el sello de la disolución en el ámbito nacional, motivaron su ardiente apelación al patriotismo de los Estados rebeldes. Señaló, en términos que aún hoy trasuntan la sincera honradez de su corazón, que para él la vida del País estaba por encima de las disidencias internas y que era necesario conservar, fortalecer y perpetuar el legado glorioso recibido de los antepasados. Anunció que no intervendría en los Estados esclavistas para abolir el régimen, pero señaló su resuelto propósito de hacer cumplir las leyes en todo el territorio y de salvaguardar la unidad de la nación.

Durante un corto período había marchado como sobre un polvorín evitando toda mención molesta para los adversarios. Desde el 4 de marzo era el jefe de la nación y tenía sobre sí la responsabilidad del comando. Fué entonces claro y enérgico. Tuvo la serenidad reflexiva del gobernante consciente de su misión histórica, y sin debilidades complacientes señaló el derrotero a seguir y lo siguió sin desmayos ni desviaciones. En su cruzada epopéyica sufrió el azote de la incompreensión, de la calumnia y de la desertión, pero como un apóstol superó todas las deficiencias de la condición humana y aferrándose al timón y a la bandera, dió el rumbo y quebró el sino fatal de la borrasca.

Porque no todo el Norte estaba unido alrededor del gran capitán. Las facciones dividían sus fuerzas y, al frente, se erguía, con expectación amenazante, una faja de Estados esclavistas que mantenían su adhesión a las bases jurídicas esenciales de la nación pero que, por su estructura, sufrían la influencia política de los núcleos rebeldes. Lincoln se debatía en la tremenda alternativa de actuar agradando al abolicionismo radical, que alimentaba de fe invulnerable a las fuerzas reales a riesgo de lesionar y arrojar en brazos de la rebelión a los Estados indecisos, o contemporizar con éstos para evitar la extensión del frente enemigo, disgustando, entonces, a sus propios sostenedores. A través de las fases del conflicto, el buen sentido de Lincoln fué puesto a prueba; y si admirable resulta su personalidad por la marca-

villosa dosis de ternura que derrama por el borde de todos sus gestos, mayor admiración despierta el tino siempre alerta, la calma reflexiva y la energía sin aspavientos que usó en todas las etapas de su difícil gobierno.

Cuando en plena guerra, desde las prestigiosas columnas del "Tribune", Horace Greeley le señalaba su disgusto por la conducta oficial en la tolerancia de la esclavitud, Lincoln replicó con unción patriótica, para decir una vez más que ante su conciencia primero estaba el país que los esclavos: "Yo primero salvaría la Unión —expresaba—. La salvaría por el camino más corto de acuerdo con la Constitución. Cuanto más rápidamente la autoridad nacional pueda ser restaurada, más rápidamente la Unión será la Unión como ella era. Si hay algunos que no salvarían la Unión a menos de que salvaran a la vez la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Si hay algunos que no salvarían la Unión a menos de que al mismo tiempo destruyeran también la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Mi principal propósito en esta lucha es salvar la Unión, salvando o destruyendo la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin libertar a ningún esclavo, la salvaría; y si pudiera salvarla libertando a todos los esclavos, lo haría; y si para salvarla debiera libertar a unos dejando esclavos a otros, también lo haría. Lo que hago contra la esclavitud y por la raza negra lo hago porque creo que me ayuda a salvar la Unión; y de lo que me abstengo, me abstengo porque no creo que me ayude a salvar la Unión".

Lincoln actuaba así corrido ya un año y medio de guerra sin cuartel, porque comprendía las tremendas dificultades que una lucha antiesclavista frontal podía crearle en el seno de su propio ejército. La acción para salvar la unidad nacional aliaba a todo el Norte y dividía al Sur, en tanto que la bandera antiesclavista afianzaba la unión del Sud y dividía al Norte. Altos jefes militares, como McClellan, situados al frente de grandes cuadros del ejército de Lincoln, eran contrarios a una guerra contra la esclavitud, y en tales circunstancias, necesarias eran al Jefe de Estado larga paciencia y una astucia constructiva tan grande como su inquebrantable fe en la causa de la dignidad humana. A

través de la carta a Greeley, aparecía al descubierto la relevante contraposición de conducta entre el gobierno nacional del Norte y el gobierno seccional del Sur. Mientras éste dividía al país, para salvar el régimen de esclavitud, Lincoln afirmaba que salvaría la Unión con esclavitud o sin ella. Aquéllos luchaban bajo la presión de menguados intereses. El gran conductor no tenía otro emblema que la bandera de su patria y defendía a los negros porque la condición en que vivían maculaba el honor de la nación.

Claro está que cuando Lincoln hablaba así, ya tenía redactada su Proclama de Emancipación y solamente esperaba que las circunstancias de la guerra le permitieran lanzarla como un impacto al corazón del Sur. Tres meses antes el Congreso había dado un paso importante al decretar la abolición de la esclavitud en los territorios. Ahora, aprovechando la victoria de las fuerzas leales de McClellan que hizo retroceder a Lee en la sangrienta batalla de Antietam, el Presidente publicó el documento inmortal que, aunque limitado en sus efectos, tenía como base el principio democrático de la igualdad jurídica de todos los hombres en el seno de la sociedad. Aún no había aparecido el alud de Grant como director de escena militar, y fué McClellan, cuya presencia al frente de sus tropas detenía a Lincoln en su acción antiesclavista, el que con su estrategia y su coraje creó la circunstancia feliz que permitió afirmar ante el mundo el carácter filosófico, moral y humano de la guerra del Norte contra el Sur.

Lincoln, que durante sus largos años pacíficos de Illinois mostró a sus convecinos la bondad más generosa como molde de una desbordante afabilidad, y que en el ámbito privado aún aparecía con la tonalidad tolerante de amplitud angélica que florecía en su angustiado corazón, era duro, inflexible y tenaz, sin terquedad pero con obstinación, en el cumplimiento del sagrado deber que se había impuesto de salvar la unidad del País y abolir la injusticia humana. Actuaba con fe de iluminado y no dejaba hueco sin cubrir. Encendidas oposiciones le desgarraban el frente interno y debió echar mano de medidas heroicas. Abolió el hábeas corpus para combatir el derrotismo y la traición,

y cuando Taney, el mismo autor del fallo sobre Dred Scott —que seguía presidiendo la Corte Suprema—, denunció en sentencia cargada de citas que el Presidente no tenía autoridad para suspender el ejercicio de los derechos civiles, Lincoln encarpeté el erudito documento y siguió aplicando sus normas. Verdadero heraldo de la libertad, su corazón sufría la angustia de aquellos procedimientos, pero la ardua necesidad cegaba su limpia sensibilidad y le imponía el sacrificio de abandonar circunstancialmente la práctica de los principios democráticos, para salvar las bases que harían posible su supervivencia.

Toleraba las críticas a la conducción de la contienda y a su propia conducta. Admitía que lo calumniaran y difamaran y en este aspecto llegó un diario de Nueva York a acusarlo de obtener ganancias personales con la guerra. Públicamente hacían burlas de su estampa y de su capacidad. No le ahorraron vejámenes, pero la libertad de crítica no sufrió limitación en este plano. Lo que no admitió jamás fué que hablaran contra la guerra. En esto fué inflexible, de una rigidez despótica. Cerró diarios, aprisionó periodistas, destituyó empleados, fusiló militares. Su energía sin piedad despertó protestas de todo género, pero él replicó: "¿Debo acaso, fusilar a un joven soldado ingenuo que cae en el delito de desertión y no tocar un cabello del astuto agitador que lo incita para que se convierta en desertor?".

Y a toda esta lucha feroz por la calidad de los procedimientos empleados, se agregaban dificultades crecientes en el exterior. Los europeos pusieron la planta en México, y en los astilleros ingleses se construían naves para los rebeldes. El Gobierno de Gladstone favorecía al Sur a pesar del pueblo inglés. Lincoln confiaba en la presión cívica de la opinión británica y moderaba pacientemente el lenguaje de las notas diplomáticas de Seward. Trabajó en el mismo diapasón que movía la gestión de su Embajador en Londres. Charles Francis Adams desempeñaba el delicado cargo. Muchas veces protestó por los actos del gobierno liberal, pero "sólo recogía indiferencia". El pueblo inglés empezó a agitarse. A riesgo de molestar a los jerarcas de su partido, John Bright decía con todo el peso de su prestigio

que favorecer a los esclavistas era trabajar contra la libertad en todos los órdenes de la vida social; y ante millares de fieles congregados para oírlo, aquel fogoso predicador que fué Surgeon exclamó: "La esclavitud y el látigo no merecen nuestra simpatía. ¡Que Dios bendiga y fortalezca al Norte y dé la victoria a sus armas!". La gravitación de la conciencia democrática británica, la presión diplomática de Lincoln y, finalmente, una amenaza de guerra en el momento oportuno, modificaron la conducta de Gladstone que puso su gobierno en armonía con los sentimientos del pueblo. Bright había dicho que "mientras los estadistas se mostraban hostiles o fríamente neutrales; mientras muchos ricos ayudaban a los confederados rebeldes y gran parte de la prensa traicionaba la causa de la Unión, las masas inglesas creían en el triunfo de la libertad y rogaban por su victoria". La adhesión popular británica fué tan firme y sostenida, que "los trabajadores textiles, hasta en las horas más sombrías, cuando la falta de algodón americano los colocó al borde del hambre, siguieron pidiendo a su gobierno que ayudara al Norte mediante la autorización del bloqueo sin restricciones".

Al dictar la Proclama de Emancipación destinada a los esclavos de los Estados rebeldes, Lincoln persiguió cuatro objetivos que logró plenamente: debilitar la resistencia militar del Sur, mantener adheridos a la Unión los Estados esclavistas leales, satisfacer en parte a los más encendidos abolicionistas y mostrar ante la conciencia vigilante de su pueblo la inspiración esencial que movía su esfuerzo. Destinado a castigar la rebelión sudista el documento era incompleto, pero, sentado el principio angular, no demoró en exigir del Congreso el instrumento constitucional para prohibir la esclavitud en todo el territorio de la Unión. Lo obtuvo cuando ya estaba decidida la suerte de las armas, consolidado el frente triunfal de los ejércitos de la libertad, después de la victoria de Vicksburg y Gettysburg. Grant estrangulaba ya con estrategia segura los desesperados esfuerzos de las columnas del esclavismo separatista divididas por la férrea cuña de Sherman; y frente a la decepción de los precipitados gobernantes del Sur, se alzaba el

sereno optimismo de Lincoln, velado por el dolor de la sangre derramada, pero erguido como un hito incommovible, señalador en la historia de los tiempos del cumplimiento inexorable del deber.

La sangrienta disputa nunca nubló el espíritu clarividente de Lincoln que en cada episodio resonante de la contienda elevó la llama de sus ideales para iluminar el sombrío panorama. Cuando meses después del encuentro victorioso de Gettysburg fue hasta el campo de batalla a rendir homenaje a los caídos, pronunció una oración que ha llegado a ser el Padre Nuestro de la Democracia. Luego que uno de sus Ministros hiciera la encendida apología del sacrificio de los soldados de la Unión, Lincoln se irguió sobre el tablado para leer el mensaje de su emoción y de su fe. Dicen los historiadores que han hurgado en las crónicas, que leyó pausadamente, con voz quebrada que caía como una plegaria en el corazón del pueblo allí congregado. Fácil es de imaginar aquel espectáculo. Eran los días finales del otoño de 1863. Los bosques vecinos mostraban ya la rojiza coloración que en aquellas regiones los viste antes de la caída de sus hojas. En medio del paisaje, una multitud sobrecogida, y a su frente, un hombre entristecido por la lucha pero seguro de la justicia de su causa enseñando la doctrina creadora de la nación.

"Ochenta y siete años han transcurrido" —dijo— "desde que nuestros padres fundaron en este continente una nueva nación concebida en la libertad y dedicada a la proposición de que todos los hombres han nacido iguales. Ahora estamos empeñados en una gran guerra civil poniendo a prueba si esa nación o cualquiera otra nación con aquel objeto concebida y dedicada puede perdurar. Nos encontramos reunidos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a consagrar una porción de ese campo como lugar de eterno descanso para aquellos que aquí perdieron la vida, para que la nación pudiera vivir. Es propio y a la vez justo que lo consagremos. Con más amplio entendimiento, sin embargo, nosotros no podríamos dedicar, no podríamos consagrar, no podríamos santificar este lugar. Los bravos, vivos y muertos que lucharon aquí lo han he-

cho ya por encima de nuestra pobre potestad de acrecentarlo o disminuirlo. El mundo notará muy poco ni recordará por mucho tiempo lo que digamos aquí; pero nunca olvidará lo que ellos hicieron. Corresponde a los vivos, a nosotros, continuar la obra incompleta que quienes pelearon en este sitio con tanta nobleza impulsaron. Es mejor que nosotros vengamos aquí a consagrarnos a la gran labor que nos queda por delante, la de que estos muertos venerados afirmen nuestra devoción por la causa a que ellos se consagraron con definitiva, ardorosa medida, de modo que aquí, en alto, declaremos que estos muertos no sucumbieron en vano, que esta nación, bajo Dios, renacerá con la libertad, y que el Gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la faz de la tierra".

Lincoln se equivocó en su vaticinio. La batalla de Gettysburg, importante en su hora para el destino de las armas por la justicia, pronto vió cubierta su resonancia circunstancial por hechos de mayor volumen histórico. En cambio, las palabras maravillosas que le sirvieron para definir su ideario siguen palpitando en el alma de todos los seres dignos de vivir en libertad.

Año y medio después terminó la lucha. Se había borrado el estigma de la esclavitud, la nación quedaba unificada, y como si el destino hubiera querido consolidar eternamente las grandes conquistas con la fe superior que inspira al espíritu de los pueblos el sacrificio de sus conductores, la intención ciega de un asesino cortó el hilo de su vida hace hoy noventa años y colocó su recuerdo en el muro luminoso de los héroes que alcanzan la palma del martirio.

Como lo dijo hace ya años el rector de la Universidad de Columbia, "Lincoln y sólo Lincoln pudo realizar lo que parecía imposible y ganar la guerra sin sacrificar principios y sin moverse del firme terreno que escogió desde el comienzo; Lincoln y solamente Lincoln pudo resistir el torrente de calumnias, de abusos y de ridículos que arrojaron sobre él tanto los inteligentes que no podían comprender como los malévolos que no querían ver". Y así, "Lincoln, que era un simple ciudadano del Estado de Illinois a los

cincuenta y dos años, terminó su misión como Presidente de los Estados Unidos a los cincuenta y siete. Aquel corto pero tumultuoso período lo había transferido a lo más alto del lugar donde los inmortales moran”.

Todos quienes visitan Washington acuden luego al “Lincoln Memorial”. En una leve colina situada más acá de las riberas del Potomac, se alza el monumento que la gratitud de su pueblo erigió al gran caudillo que predicó y luchó por la unión de la patria sobre el cimiento de la igual, condición humana de todos sus hijos. En la majestuosa estructura de mármol están inscriptos los nombres de todos los Estados de la Unión, y por la ancha escalinata que conduce al interior del templo, transitan diariamente millares de peregrinos emocionados. Adentro, las paredes laterales enseñan en letras de bronce la oración de Gettysburg y otros pensamientos y hacia el fondo, al centro, mirando al Capitolio a través de la portada, se alza la estatua de Lincoln, sentado, con una serena expresión resuelta en el rostro. El artista ha captado la natural apostura del prócer y hay cierto tierno gesto en los rasgos de la blanca figura, como si estuviera recibiendo con alegría a los visitantes.

Tengo grabado en las retinas del espíritu el recuerdo de mi peregrinaje y la emoción que brota de aquella efigie está presente en cada latido de mi corazón cuando lo evoco.

Hoy, Día de las Américas, a noventa años de su muerte, el Parlamento del Uruguay rinde el tributo de su recordación al gran patriarca americano que por su esfuerzo abnegado mereció el pedestal que alcanzan los padres de la democracia.

Aquí, en este agosto recinto, congregados los representantes de la soberanía nacional bajo el signo de la libertad y el derecho, elevamos nuestro pensamiento en una íntima plegaria cívica para que al conjuro de su iluminado recuerdo todos los pueblos avancen hacia la conquista de un destino mejor y para que, como él lo quería desde el túmulo erigido en Gettysburg, “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la faz de la tierra”. (¡Muy bien! — Aplausos).

Motivo de esta publicación

(Versión taquigráfica en lo pertinente, de la sesión efectuada por la Cámara de Representantes el 14 de abril de 1955).

Señor Rodríguez Correa. — Pido la palabra.

Señor Presidente. — Tiene la palabra el señor Diputado.

Señor Rodríguez Correa. — Señor Presidente: por las razones que nos daría el propio valor del brillante discurso que acabamos de escuchar y de acuerdo a la costumbre seguida por la Cámara en oportunidades similares, mociono para que se mande imprimir en folleto las palabras pronunciadas por el señor Diputado Tejera.

(¡Muy bien! — Apoyados).

Señor Presidente. — Se va a votar la moción del señor Diputado Rodríguez Correa.

(Se vota).

—Cincuenta y dos por la afirmativa: **Afirmativa.** — Unanimidad.



Editorial Florensa & Lafon
Piedras 346 — Montevideo.